

su tratado sobre el poder del *stibium*, llamado por él antimonio, escepto sus ataques á Hipócrates, Galeno y los médicos contemporáneos. El papel importante que desempeña esta ciencia en la medicina de Paracelso le dió algún impulso; y los *Rosa-Cruz* creyendo regenerar la alquimia, hicieron que la fisiología explicase la química. Sin embargo, la facultad de medicina de París, así como rechazaba la circulación de la sangre, declaraba á todos los químicos envenenadores y al antimonio veneno en todos los casos. Ya se preveía, sin embargo, que esta ciencia adelantaría con la lectura de las obras de Van-Helmont, que hizo felices aplicaciones á ella, á pesar de su afición á las ciencias ocultas.

Anatomía.—La anatomía había sido resucitada por Mondino de Bolonia, cuyo libro permaneció por espacio de tres siglos siendo el único texto en uso en todas las escuelas de Italia, escepto que añadan de cualquier modo y en forma de comentario los nuevos descubrimientos. Distinguiremos entre sus sectarios á Jacobo de Berenguer (1521), natural de Carpi y profesor de Bolonia, á quien Portal honra con varios descubrimientos, entre otros el de la membrana que se encuentra en la parte anterior de la retina, descubrimiento atribuido á Alpino. Recomienda á sus discípulos que no se cuiden de lo que otros han dicho, sino que observen por sí mismos; y él disecó centenares de cadáveres, lo cual era una audacia sin ejemplo entonces fuera de Italia. Fué el primero que unió las figuras al texto, aprovechando de esta manera las bellas artes, así como sacaba ventaja de la anatomía. Después de haber meditado Leonardo de Vinci sobre el cuerpo humano ayudándose de la ciencia y de la filosofía, dió un tratado de anatomía para uso de los pintores. Otros le imitaron, y entre ellos Alberto Durero (*De humani corporis symetria*, 1524), espresando los hombres y las mujeres con figuras geométricas; aplicación científica llevada al exceso, y que no sirvió de nada. Guatero Ryff (1541), médico de Estrasburgo, hizo diez y nueve tablas anatómicas mejores que las de Berenguer.

La institución del primer gabinete de anatomía y el descubrimiento de la sífilis, de la anatomía patológica y de la litotricia (9), se deben al gran anatómico Alejandro Benedetti, de Legnano, que siendo médico de los ejércitos venecianos, sirvió en la guerra contra Carlos VIII, y describió aquellas batallas. Haller le llama «el primer escritor original de medicina.» Benivieni, de Florencia, hizo antes que Paré la ligadura de los vasos, y muchas

(9) *Aliqui intus in vesica sine plaga lapidem continent ferreis instrumentis.* Benivieni refiere de sí mismo, que no hallando medio de extraer á una mujer un cálculo voluminoso, *insolitum, sed tamen opportunum consilium capiens... ferramento priori parte retuso calculum ipsum percussio, donec sapius ictus in pusta comminuitur.*

operaciones sumamente difíciles con gran prudencia y felicidad. En sus inspecciones sobre un esciro en el estómago, la ulceración del omento, los pólipos sanguíneos y los cálculos biliosos (10) podemos encontrar ejemplos de anatomía patológica.

En Francia se distinguían Guido de Chauliac y el alemán Gunter, que fué el primero que profesó la anatomía en París y describió el organismo del oído.

Gaspar Tagliacozzi enseñó el ingerto animal, pero se contaban ya diferentes casos de operaciones de labios y de narices hechas en Sicilia desde el año 1400 (11), operación, por lo demás, más extraña que útil. La casualidad hizo descubriese el provenzal Pedro Franc el gran aparato; y la litotomía se facilitó con diferentes procedimientos. Jacobo Silvio (Dubois), discípulo de Gunter, fué el primero que tuvo la importante idea de dar un nombre á cada músculo, y descubrió las válvulas de las venas, dando de este modo un gran paso para hallar la circulación.

Vesalio, 1514-1564.—Andrés Vesalio, nacido en Bruselas, de una familia de médicos notó, disecciondo todos los animales que caían en su poder, y después á los hombres en las escuelas y en los cementerios, cuánta ignorancia había en la pretendida anatomía de los antiguos, y conoció que las observaciones de Galeno se habían hecho en monos. Se atrevió, pues, á proclamar los errores, á pesar de la admiración de sus contemporáneos. Llamado como profesor á Pavia, Bolonia y Pisa, publicó en Venecia láminas anatómicas que causaron tanta sensación como el descubrimiento de un nuevo mundo. Las extendió y completó después (1543). Tributo á Galeno un homenaje muy superior al de sus escandalizados admiradores, aprendiendo en él la necesidad de fundar la medicina en la anatomía.

Esta última ciencia estaba tan descuidada entonces, que se curaban las contusiones y luxaciones con drogas y jarabes. Guicciardini refiere seriamente (libro VII), «que á Julio de Este le habían sacado los ojos y se los habían vuelto á poner sin privarle de la luz, por el cuidado pronto y diligente de los médicos;» y Carlos Quinto pasó á los teólogos de Salamanca una consulta formal sobre la necesidad de saber si se podía, sin pecar y con seguridad de conciencia, abrir cadáveres humanos para conocer su estructura. Ahora bien, Vesalio dedicó precisamente su obra, *De humani corporis fabrica*, al «divino Carlos Quinto, muy grande, muy invencible emperador;» pero es necesario perdonarle estas adulaciones, en consideración á la necesidad que tenía de un protector contra los orgullosos que

(10) *De abditis nonnullis ac mirandis morborum et sanatorum,* etc. Florencia, 1504.

(11) Véase con respecto á esto la *Vida de Camilo Porzio*, por Agustín Gervasio, 1832.

confundían al anatómico con el barbero, y contra los pedantes indignados de que un joven de veinte y ocho años se atreviese á censurar á Galeno. Cayeron sobre él con furor, y sobre todo en Francia. El mismo Silvio, su maestro, le trató de estudiante presuntuoso; y no pudiendo negar los errores de Galeno, llegó hasta sostener que los hombres habían cambiado desde su época, y que la naturaleza variaba caprichosamente sus obras.

El *divino y muy invencible* Carlos Quinto no permaneció sordo á las insinuaciones de los malévolos, y mandó proceder contra aquel libro. Indignose de tal manera Vesalio, que quemó varios manuscritos. Triunfó, no obstante; pero habiendo llegado á ser médico de cámara, dejó entumecer su talento con las alabanzas y las hostilidades. Es verdad que encontraba raras ocasiones de ejercer su arte, hasta tal punto, que se queja de no haber podido obtener un cráneo en España. Habiendo muerto un sujeto de distinción, de una enfermedad desconocida, rogó á los parientes le permitiesen hacer la autopsia; pero éstos sostuvieron que al hacerla, se había movido el corazón al tocarle el escalpelo: acusaron, en su consecuencia, á Vesalio de homicidio ante los tribunales, de impiedad ante la inquisición, y fué condenado á muerte. Felipe II conmutó la pena en destierro. Entonces Vesalio pasó á Venecia; se embarcó allí para Chipre y Jerusalén con Malatesta de Rimini, como cirujano militar; pero á la vuelta naufragó en las costas de Zante, y murió de hambre.

Falopio, 1523-62.—Entonces tomó la anatomía mayor vuelo. El modenés Gabriel Falopio, discípulo de Vesalio, le convenció, respetándole, sobre varios errores, principalmente con respecto á los músculos abdominales. Dió pruebas de una delicadeza y sagacidad sin igual, descubriendo los huesos tan pequeños del sistema acústico, la composición de las fosas nasales, de la mandíbula, del esternon, del sacro, y dejó su nombre á las trompas colaterales al útero. Refutó en miología la opinión de Galeno sobre las fibras musculares, negando que los nervios tuviesen ninguna parte en ella, y demostrando que su acción cesaba en el punto en que las fibras se cortan transversalmente, lo que no se verifica si la incisión se hace á lo largo. En angiología no conoció la pequeña circulación, y creyó con Galeno que las arterias eran canales que conducían los espíritus vitales del corazón á todo el cuerpo. Enmendó los errores correspondientes al intestino ciego, y describió con exactitud, tanto el eplon como el piloro: dió á conocer también el mediastino, la pleura y la glándula lacrimal. Creyó con Galeno que los nervios procedían del cerebro y no del corazón, como Aristóteles; pero vaciló en esta parte. Estudiaba sobre los cadáveres humanos, y no sobre los animales, disecciondo hasta seis ó siete al año. Aun más, el duque de Toscana le entregaba de cuando en cuando un condenado á muerte *quem interficimus*, dice, *modo nostro et anatomizamus*. El médico descendía de esta manera

al papel de verdugo (12). Habiendo tenido Carlos IX una bezoar, que se decía impedía los envenenamientos, se hizo la prueba en un hombre condenado á la horca: diéronle sublimado corrosivo, y murió en medio de los dolores más atroces. Cuando Enrique II fué herido de muerte en un torneo, cortaron las cabezas á cuatro criminales para llevarlas á los cirujanos, con objeto de que hiriéndolas con lanzas en el mismo punto en que el rey había sido herido, pudiesen descubrir en qué partes habían podido penetrar los pedazos de la que le había sido mortal.

El honor de haber descubierto el estribo de la oreja recae en el siciliano Juan Felipe Ingrassia (1580), que restableció la anatomía en la universidad de Nápoles; estableció antes que nadie los consejos de sanidad pública, y se condujo como un héroe en la peste de 1575. Aselio de Crémona descubrió los vasos lacteos. Santorio Santori, de Capo de Istria, sufrió por espacio de treinta años el martirio de vivir sobre balanzas, para probar los fenómenos aun no observados de la traspiración cutánea. Constancio Varoli, su compatriota, dirigió sus indagaciones sobre el cerebro, en el que el puente de Varoli ha conservado su nombre, y sobre los nervios ópticos, cuyas huellas siguió hasta la médula oblongada. Fray Pablo Sarpi notó la contracción y dilatación de la uvea.

Bartolomé Eustaquio, de San Severino, profesor del colegio de la Sapienza, en Roma, ha dejado un tratado capital sobre los riñones, la vena azigos, y la estructura de los dientes; estudió además con gran cuidado los nervios, vió el origen del gran simpático y la dirección de otros que antes no se conocían. Formó cuarenta y seis grandes láminas que quedaron inéditas por falta de medios suficientes. Cuando después Clemente XI las hizo grabar en 1714 por Lancisi, se vió que si hubieran sido conocidas, habrían conservado al autor la gloria de los Bartolini, de los Bellini, de los Pecquet, de los Lavater y de otros.

Julio César Aranzi, de Bolonia, fué el primero que examinó con atención el feto y sus desarrollos, preparando de esta manera el camino á esta organogenia que apenas ha nacido. Aprovechando las ideas de Realdo Colombo, concernientes á la circulación de la sangre, derrocó las de los antiguos sobre este asunto, haciéndola pasar, no por los poros del septum, sino por la vena arterial á los pulmones; sin embargo, creyó lo mismo que Colombo, el error, entonces general, de que el hígado era el órgano de la sanguificación.

Levasseur manifiesta que conoció en 1540 la circulación pulmonar, como también las válvulas de las arterias y de las venas. Miguel Servet, cuyos errores y triste fin hemos deplorado, describió la pequeña circulación del pulmón en la *Christianis-*

(12) Però se asegura que este pasaje ha sido interpolado cuarenta años después de su muerte.

mi restitutio, obra quemada por Calvino con su autor. y que es de 1535, y no del tratado *De Trinitatis erroribus*, publicado en 1531, como se ha dicho generalmente.

Julian Fabricio, de Acquapendente, continuó la tarea de Vesalio generalizando las observaciones deducidas de la anatomía del hombre, por la comparación con los demás animales, con objeto de ver las partes que no pueden verse en el hombre; comparar los órganos semejantes y notar las diferencias de una especie á otra, deduciendo consecuencias. Cada uno de los capítulos de su obra *Totius animalis fabrica theatrum*, se divide en tres partes: descripción del órgano, su acción, su uso. Se dedicó especialmente al estudio de las venas, y observó que las válvulas miran todas hácia el corazón, de manera, que este descubrimiento parece ser más bien suyo que de Sarpi. Sin embargo, la admiración que profesaba á los antiguos le separaba de lo nuevo.

Harvey, 1578-1658.—El inglés Guillermo Harvey estudió bajo su dirección en Pádua hasta 1602; negó la generación equívoca, combatida ya por Redi, y estudió la evolución de los huevos, aunque la falta de microscopios le hizo incurrir en errores. Enseñó en Londres, desde 1619, la circulación de la sangre, después su obra *De motu sanguinis et cordis*, publicada en 1628, acabó de destruir el antiguo edificio. No se puede dudar que la circulación fuese conocida ya en Italia, y que Harvey aprendió de Eustaquio Rudio, de quien copió sin citar le, las verdaderas funciones del sistema vascular (13): escepto que los progresos hechos entonces por la anatomía experimental le permitieron abandonar las frases viciosas, con las que su predecesor se confundía, y determinar con más claridad el mecanismo general de la circulación. Honrado en su patria, médico de los reyes, que le proporcionaban animales y medios de estudio, sostenido por el colegio de Londres, pudo estender su fama y atribuirse el mérito de un descubrimiento que no era suyo.

Paré, 1517-90.—La cirugía y la medicina pudieron sacar ventajas de esto. El uso de las armas de fuego incitó á nuevas indagaciones quirúrgicas, y la obra del napolitano Alfonso Ferri, *De sclopetorum vulneribus* (Lyon, 1554), es, aunque poco conocida, de gran importancia. Un médico de Turin que tenía un secreto para curar aquellas heridas, lo cedió á Ambrosio Paré, que le atribuye un valor más proporcionado al precio de la venta, que á su

(13) Sprengel quisiera que Berenger negase la transusión de la sangre á través del septum; pero, aunque él lo diga *satis notabilis substantia quæ est etiam satis densa*, admite sin embargo los agujeritos de Galeno. Sprengel pretende que Colón supone por el contrario este pasaje, cuando dice claramente, que los que le admiten están en error: *longa errant via*. Véase DE RENZI, *Hist. de la medicina*, t. III, pág. 307, y la nota D al fin del presente Libro.

eficacia real. Paré, uno de los prácticos más distinguidos, volvió á poner en uso, si es que no inventó, la ligadura inmediata de los vasos, en lugar de escarizar y cauterizar; enseñó á tratar las fracturas complicadas de las heridas y otros procedimientos que se siguen aun, estableció comparaciones generales entre el esqueleto humano, los cuadrúpedos y los pájaros; creyó que los miasmas contagiosos entran por el olfato. Fué médico de Francisco I, de Enrique II y de Carlos IX, quien le salvó de la matanza de la noche de san Bartolomé. El provenzal Jacobo Guillermo, su discípulo, perfeccionó el trépano. La obstetricia llegó á ser también menos cruel. La primera operación de la incisión cesárea, en una persona viva, se hizo por Nufer Castraporci, en Turgau. Francisco Rousset, médico del duque de Saboya, escribió sobre esta operación una obra muy estimada, y otras experiencias tuvieron un éxito feliz.

No por esto dejaban de ser reputados los cirujanos como de una clase muy inferior, y les era preciso, en su aprendizaje con los barberos, barrer la tienda, peinar y cortar los callos. Cuando su corporación obtuvo en París privilegios que la igualaban á la de los médicos, éstos se despecharon y se unieron con los barberos contra ellos; pero esto no impidió el que los cirujanos fuesen finalmente admitidos como miembros de la universidad. El ejercicio de la clínica como institución universitaria, fué introducido en Pádua por Juan Bautista del Monte en 1543 (14).

Medicina.—En lo concerniente á la medicina, las mejores traducciones de los autores griegos convencieron de la pobreza de las versiones ára-

(14) Italia estaba todavía á la cabeza de la ciencia, pues no había acaso un solo hombre célebre entre los extranjeros que no hubiese sido educado en sus universidades. Paracelso estudió en Bolonia, en Roma y en Padua; Solenandro en Roma, en Pisa y en Ferrara; Langio se doctoró en Pisa después de haber asistido á las lecciones de Leoniceo y de Vigo; Eurnio estudió en Padua y en Pavia; Teodoro, Jacobo y Bonifacio Zwinger siguieron las lecciones de la universidad de Padua y otras de Italia; Linacro estudió en Florencia y en Roma; Bruceo era alumno de las escuelas de Italia, así como Dassenio, primer refutador de Paracelso. Volcher Coiteé fué discípulo de Falopio y de Eustaquio; Joubert fué también discípulo de Argentiere en Turin; Gaspar Bahuin, de Acquapendente; y su hermano Juan estudió también en Padua. Guilandino, salvado por Falopio de la esclavitud que sufría en Argel, fué alumno y luego profesor de la universidad de Padua, donde estudiaron también Juan Schenk, Arveo, Spigelio y Gaspar Hoffman. Fyens fué discípulo de Mercuriale, de Aranzio, de Aldobrando y de Tagliacozzi; Struzio recibió la borla de doctor en Padua, donde también estudió Erasto por espacio de nueve años, doctorándose después en Bolonia; Monavio estudió en las universidades italianas así como De Pratis; Servet tuvo relaciones con los sabios de Italia, donde estuvo también Cornelio Agrippa haciendo la guerra por espacio de siete años y estudiando filosofía y medicina, cultivando las ciencias en Turin y en Padua. Dodoneo estudió en Padua y fué muchas veces á visitar las escuelas

bes y de los comentadores musulmanes. Leonardo Fuchs, de Vembdingen, en Baviera, disputó el título de príncipe en la medicina á Avicena, para restituirla á Hipócrates y á Galeno. Juan Bautista Montano y Marsilio Cognati, ambos de Verona, restablecieron con sus publicaciones y la práctica la escuela del padre de la medicina; Jacinto Houlier dió nueva luz á sus libros, y aun más Luis Duret, del Delfinado, su discípulo, y aun más Luis Ana Foes de Metz. Los términos técnicos están explicados en las *Definiciones médicas* de Juan de Gorbis, con gran conocimiento de la lengua y de la ciencia.

Hemos debido colocar entre los charlatanes á Paracelso, que llegó á ser una traba para Alemania por la preocupación que produjo, como los autores árabes en España. Sin embargo, cierto número de alquimistas llegaban á ser buenos médicos, y presentian los verdaderos principios de la economía viviente, y la necesidad de separar su estudio del de la materia muerta, en atención á que diferentes leyes rigen los cuerpos vivos y los objetos inanimados. El mismo Paracelso hizo á la ciencia servicios reales usando de nuevos medicamentos, ó empleándolos con más osadía. Sus milagrosas curaciones se debían al mercurio y al opio. Se ignoraban casi las preparaciones del primero y los médicos tenían horror al segundo, como *frio en el cuarto grado*. Pero Paracelso le había visto empleando con frecuencia en Turquía, é introdujo como antagonista de él el tártaro, llamado así porque quema á los pacientes como el infierno, por el ácido que contiene con el agua, la sal y el aceite. Indicó los principales defectos de la medicina en la época en que vivía; y manifestando las reformas necesarias ridiculizando la antigua farmacéutica, hizo creer en ciertas innovaciones posibles, y en su consecuencia cesar de haber contra ellas una repugnancia sistemática. Desgraciadamente insultaba con impudencia á los que copiaba y amotinaba á la multitud en lugar de inclinarse á un cambio; lo que hubiera podido hacer con la sagacidad original de que estaba dotado, y que sin ser genio, produce descubrimientos de que es incapaz la moderación tímida.

Algunos con Paracelso se obstinaban en aplicar siempre unos mismos específicos, sin cuidarse de los síntomas; otros querían unir á las teorías de Galeno lo que parecía admisible de Paracelso; otros le impugnaron abiertamente, y Gaspar Hoffman con especialidad en el libro *De barbarie imminente*.

de Italia: Amato Lusitano estudió y fué profesor en Bolonia; Rodrigo de Fonseca fué profesor en Pisa y en Padua. No se limitó á aquel siglo la afluencia de los extranjeros á Italia; fueron alumnos de la única universidad de Padua, Mauricio Hoffman, Posthio, Gaspar el Mayor, Tomás y Gaspar el Joven, Bartolino, Meibomio, Rolfink, Sennert, Wepser, Juan Jorge Wirsangio, Juan Weslingio, etc.

Ya más de un médico se había atrevido á hacer frente á los peligros á los cuales se espone el que sale del sendero trillado. Pedro Ramus había dado el ejemplo denigrando á Aristóteles y á los escolásticos. Después de él, Juan Fernel, de Amiens, preguntó la verdad á la naturaleza, en lugar de preguntarla á Galeno ó á Hipócrates. Se deja conocer el libre uso de la razón en Juan Selvático, profesor en Pavia, en Julio Alejandrino, de Neustein, en Servet y en Pedro Brissot. Juan Argentieri, de Chieri, se hizo contradictor de Galeno y de los admiradores de los antiguos (15), (en la universidad reconstituida de Turin, repudiando las razones sofisticas del horror al vacío, y la multitud de los espíritus, á los cuales recurría la escuela galénica para explicar las diferentes funciones: arrebató á la voluntad del alma la fuerza mediadora para atribuirle á las leyes de la naturaleza; negó que las diferentes facultades intelectuales residiesen en partes determinadas del cerebro, que las venas naciesen del hígado y trató del sueño de una manera racional. Gerónimo Capovacca, su discípulo, profesor en Pádua, combatió también á Galeno; pero no supo emanciparse enteramente de él. Fortunato Fedele denunció muchos errores comunes, estableció reglas de filosofía médica, y recomendaba que los estudios se limitasen á conservar y restituir la salud, dejando lo demás á la filosofía abstracta; impugnó á los que abusaban de los medicamentos, aconsejando que no se creyese en los prodigios atribuidos á los remedios, y que se desterrasen los amuletos.

Otros buenos observadores desvanecieron hechos generalmente acreditados, y sin embargo no existían sino en la imaginación de aquellos autores. Pero en esto mismo daban la preferencia á los casos raros; no sabían abandonar enteramente los métodos escolásticos y las pretendidas cualidades elementales. El tratamiento era dirigido contra los síntomas; se atribuía gran importancia á la orina y á los casos críticos, de los que Frascator hizo el objeto de una teoría muy ingeniosa, pero enteramente especulativa.

Era preciso mucho valor para combatir errores de varios siglos; no debe, pues, hacerse cargo de haber conservado algunos restos de las doctrinas sofisticas. Cuesta trabajo creer que se suscitase una cuestión tan ruidosa como la de religión cuando Brissot hizo presente la necesidad de sangrar lo más lejos posible del sitio de la inflamación, y to-

(15) *De erroribus veterum medicorum, 1553. In artem medicinalem Galeni, 1566.—Oportet (escribe) de scripturis ita sentire ut eos homines agnoscamus, et non tamquam deos veneremus, nobisque antiquam libertatem relinquamus... Probationes ex nostris sensibus, nostroque ingenio ducamus. Nemini credamus, sed liberi contra omnes quod putemus verum proferamus. Eorum opiniones refellamus qui in magno sunt pretio, quorum auctoritas infirmis ingeniis obesse potest.*

dos los médicos se dividieron en dos campos rivales: partidarios de la sangría á lo árabe ó á la griega, de la revulsión ó de la derivación; sistemas que cayeron en descrédito cuando se conoció la circulación. Por su aversión á los médicos franceses que rechazaban la sangría, Leon Botalli, de Asti, enseñó que del mismo modo que en un manantial cuanto más agua mala se saca, más mana mejorándose, y en los pechos cuanto más leche se chupa, más acude y de mejor calidad; así sucede con la sangre; de manera que aquello fué un diluvio de sangrías para toda clase de enfermedades. Otros, por el contrario, lo esperaban todo del agua y de los baños, sobre lo cual se escribieron muchísimos libros, que fueron recopilados en su mayor parte en un volumen impreso en Venecia en 1553: *De balneis*, etc.

La escarlatina que asoló la Italia en 1505, y volvió á aparecer con frecuencia, fué primero descrita con exactitud por Gerónimo Cardan; otros varios trataron después de ella, principalmente Fracastor, Massa y Andrés Treviso. Dedicáronse varios á curar la tos convulsiva, el catarro epidémico, el escorbuto que se había propagado, y el mal venereo, contra el que Berenguer, de Carpi, fué el primero que opuso el mercurio (16). La rafia se distinguió como enfermedad particular. Las ocasiones de observar la peste bubónica fueron bastante frecuentes: las causas que se le asignaron provocarían la risa, si en nuestro siglo no nos hubiesen enseñado resucitándolas á ser indulgente. Bastará decir que la mayor parte explicaban el contagio por la voluntad inmediata de Dios. Paracelso distingue la peste en natural y sobrenatural, es decir, procedente de los astros, y sobre todo de Saturno, devorador de niños. Aun en el siglo XVII se empleaba en Roma, contra la lepra y otras enfermedades cutá-

(16) Benvenuto Cellini le maltrata, espresándose de esta manera con respecto á él: «embadurnó con una untura compuesta por él á varias docenas de señores y pobres caballeros, de los que sacó millares de ducados... Ahora bien, hay en el día en Roma una gran cantidad de desgraciados á quienes ha frotado, estropeados y reducidos á un triste estado.»

neas, el remedio siguiente: después de haber purgado al enfermo, se le llevaba á una gruta llena de serpientes, cerca de Bracciano; su elevada temperatura le hacia pronto transpirar, y se dormía acostado en el suelo completamente desnudo. Atraídos los reptiles por la exhalación del sudor, salían de sus madrigueras á centenares, y enroscándosele al cuerpo le lamian suavemente sin hacerle ningun daño. Como el menor movimiento las hubiera hecho huir, se tenía cuidado de administrar al enfermo un soporífero. Al cabo de tres ó cuatro horas se le sacaba de la gruta, y se continuaba de esta manera hasta su curación, que no se hacia esperar mucho tiempo (17).

Era muy comun unir á la medicina las investigaciones y observaciones astrológicas: el obispo Lucas Guarino, napolitano, se dedicó á la astrología y escribió sobre ella: los médicos Juan Antonio Magini, Angel Forcio, Plácido Fosco, Guillermo Grattaroli, Clemente Clementino, Tomás Gianozzi y otros muchos, unieron sus conocimientos con los astrológicos; el ilustre Fracastoro hace consistir las simpatías y antipatías en la influencia de las estrellas; y el milanés Luis Settala en las manchas que salen en el cuerpo, pone en relación con los planetas todos los órganos y hasta la fisonomía y las arrugas; creyendo que el sol obra sobre la fuerza vital, la luna sobre la vegetación, Mercurio sobre la fantasía, Venus sobre las facultades apetitivas, Marte sobre las repulsivas, Júpiter sobre las naturales y Saturno sobre la memoria. Sin embargo, otros sábios, como Baffi de Perusa, Vallerioli, Mandella y Manardo (18), negaban á los cuerpos celestes semejante influencia. Es inútil nombrar la inmensa serie de secretistas y alquimistas.

A esta época pertenecen los primeros tratados de medicina legal, principiando por el *De relationibus medicorum*, 1602, de Fortunato Fedele, que trató de todos los casos que hoy pueden ocurrir, y de otros particulares á su siglo, como de los filtros y del uso del tormento.

(17) KIRCHER, *De arte magnetica*, lib. III, pár. 7.

(18) RENZI, III, 68.

CAPÍTULO XXXVIII

LITERATURA FRANCESA

Hemos podido estendernos en la literatura italiana (cap. X) sin hablar de las literaturas extranjeras, desconocidas al otro lado de los Alpes, pero mientras que la que había dado flores tan precoces veía marchitarse su brillo, las naciones que había educado recogían los frutos que habían madurado en ella. Si los franceses no pudieron conquistar la Italia, sacaron de ella el amor á las artes y á las letras, conocimientos, libros y gusto (1). Luis XII hizo que el fraile Gaguin reuniese la biblioteca más rica de aquella época, robando la de los dominadores de Milan y Nápoles. Juan Lascaris y Gerónimo Alcandro fueron llamados á su corte. Pero esto era todavía una animación incierta y fugitiva. Francisco I, apellidado el padre de las letras, se rodeaba de sábios; y sin embargo otras veces los perseguía comprimiendo de este modo una libertad que le inspiraba terror. El colegio de Francia, que fundó, reanimó la afición al griego y al hebreo, aunque la envidia de los grandes, con respecto á los literatos, llegó á restringir la grandeza del proyecto primitivo, y el estudio de las lenguas orientales hizo sospechosos de herejía á los que se dedicaban á él. Budé ocupó el primer lugar entre los que cultivaron la lengua griega en aquella época: era hombre de inmensa erudición; por esto Erasmo, su rival, le llamaba el *prodigio de la Francia*. Esteban Dolet, condenado á la hoguera como hereje á la edad de treinta y siete años; el afable Muret, el gran Casaubon, sostuvieron el honor del

(1) Castiglioni en el *Cortesano* dice que «los franceses no reconocen más que la nobleza de las armas, y que no aprecian en nada lo demás; de manera que no solamente no aprecian las letras, sino que las aborrecen y tienen á los literatos por hombres degradados, y parece que dicen un insulto á cualquiera cuando le llaman *cier*».

latin y el de la erudición. Los Estienne estendieron con sus ediciones correctas y bien anotadas los conocimientos de los clásicos, de quienes el rey adoptaba la claridad de ideas, la noble regularidad y la esposición precisa y elegante.

Introducida ya la lengua nacional de los tribunales, discutida por los gramáticos ennoblecida por los traductores, regularizada con las tentativas innovadoras, era cultivada al mismo tiempo que los modelos eternos del gusto. Pero los ensayos de innovaciones se reproducían con frecuencia, como acontece en toda lengua que no tiene literatura; no podía, en efecto, apoyarse mucho en los numerosos imitadores de la *Novela de la Rosa*, y en las *Respuestas francas*, que por falta de ingenio ponían en tormento á la imaginación para imponerse nuevas dificultades. El uso del italiano, puesto en moda en la corte de Catalina, introdujo un diluvio de palabras y frases extranjeras que no dejaron, sin embargo, de enriquecer la lengua y darle flexibilidad.

El reformador Calvino hizo adelantar mucho el francés, empleándole en la polémica; y su *Institución cristiana* está escrita en un estilo más firme y grave que ningun otro libro de aquel siglo. Jacobo Amyot (1513-1593) buscó para traducir á Plutarco todo lo que la lengua tenía más suave y armonioso; añadióle nuevas gracias, idiotismos nacionales y la flexibilidad de que carecía Calvino, asociando lo natural de la versión al artificio del texto. Estos trabajos de paciencia fueron imitados por De-Vayr, traductor de Horacio, de Ciceron y de Demóstenes, por Coeffetau y Vaugelas, traductores de Floro y Quinto Curcio; después por Montaigne, con la encantadora sencillez que evita tanto los latinismos como los períodos redondeados. La vivacidad, que la *Sátira menippea* y los demás libros que se dieron á luz durante la Liga había